

por las descripciones que sus favoritos extranjeros le habían hecho de las costumbres, leyes, artes, manufacturas, ejércitos y armadas de la Europa culta, le halagaba la idea de importar en su patria todos los descubrimientos, progresos y adelantos, planteándolos y desarrollándolos en ella bajo su reinado, el cual, á juzgar de su juventud, prometía ser largo, colocando, merced á ellos, su Imperio en un espacio de tiempo relativamente corto al nivel de los pueblos más civilizados y de más perfecta organizacion. Y para mejor conseguir su propósito, queria juzgar por sí mismo de la distancia moral que separaba los rusos de las naciones cultas, de las diferencias de caracteres y del progreso que debia realizarse, é instruirse de una manera práctica por sí mismo en las legislaciones y teorías gubernamentales, así como también conocer las industrias y establecimientos fabriles que con tanta eficacia sirven de vehículo á la prosperidad y desarrollo de la riqueza y del bienestar de la humanidad, volviendo luego á sus Estados, no sólo á título de monarca, sino de precursor de toda civilizacion.

La conspiracion del boyardo Tsikler, recientemente nombrado gobernador de Taganrok, aplazó por un espacio la realizacion de tan vastos proyectos. Tsikler se habia propuesto, con otros dos jefes de familias nobles, tan hostiles como él á las innovaciones que Pedro se prometia realizar, el asesinato del Emperador, la reunion de los cosacos en Moscow, el restablecimiento de las antiguas leyes y la jura de otro soberano.

Sabedor el Czar de que los conjurados se reunian misteriosamente por las noches en casa de uno de sus jefes principales, llamado Sukoroi, mandó cercarla, y hecho esto, entró resuelto en el edificio,

seguido de un guardia. Sorprende á los conspiradores en la mesa, finge ignorar el motivo que allí los tiene congregados, bebe y brinda con ellos, advierte sin temor las miradas de inteligencia que se dirigen para concertarse respecto del momento más oportuno de realizar su plan, y cuando un mensajero le advierte que ya todo está preparado, se levanta, desenvaina el sable, los apostrofa increpándolos por su alevosía, quedan todos mudos de asombro al verse descubiertos, se postran á sus piés implorando perdon, entran los soldados, Pedro hace sacar de allí á los rebeldes, los somete á un rápido sumario que condena inexorable á morir descuartizados á cuantos participaban en la conjura, y terminada la ejecucion abandona la capital, entregando las riendas del gobierno á Strechnef y al príncipe Ramonodosky, auxiliados de un Consejo compuesto de boyardos fieles.

XV.

El Emperador emprendió su viaje á Europa de incógnito y cual si fuera solamente persona de calidad que formaba parte del séquito de los embajadores del Czar en las principales cortes. Vestian estos diplomáticos y sus acompañantes el traje nacional ruso, muy parecido al de los tártaros y compuesto de largos y anchos gabanes guarnecidos de riquísimas pieles, con botonaduras de plata, oro y pedrería, gorras forradas de marta cibelina y adornos de brillantes, y cortos y anchos sables pendientes de la cintura. Sólo el Czar y su ministro Lefort iban á la moda tudesea.

A pesar del misterio, conocieron los sucesos al

Emperador, y al llegar á los arrabales de Riga lo acogieron con señaladas muestras de disgusto, negándose á recibirlo en la ciudad, y poniéndolo en el caso de huir solo, pasando el Dwina por sobre el hielo y de acogerse á Mittau, temiendo ser asesinado; conducta brutal que le inspiró la idea de tomar venganza digna de su carácter. En cambio, el duque de Curlandia y el elector de Brandeburgo lo acogieron con los honores debidos á su rango. Separóse allí de sus embajadores, y tomando el nombre vulgar de Pedro Mikhailoff, se dirigió á Holanda con algunas personas de su séquito. Entónces fué cuando, sin conciencia de lo que hacía, por hallarse privado de la bebida, quiso matar, como Alejandro á Efestion, á su favorito Lefort. Vuelto en su acuerdo, imploró perdón del agredido, derramando abundantes lágrimas; y reconciliado que se hubo con él, visitó en su compañía Rotterdam y Amsterdam, las dos capitales del comercio moderno.

Entusiasta por el arte de la navegacion, cuyos más pequeños detalles deseaba vivamente conocer, se inscribió, desconocido de todos, en la maestranza de Saardam para trabajar en sus astilleros, y así lo hizo por espacio de algunos meses, contribuyendo á la construccion de un navío, que luégo hizo comprar por sus agentes y dirigir al puerto de Arkan gel. Aún se conserva en el Museo de la Academia de Ciencias de San Petersburgo un traje de marinero usado por el Emperador en aquel tiempo, y un par de medias de lana gruesa, cuyas groseras mallas desaparecen casi completamente bajo los toscos zurcidos que hizo en ellas el señor de las Rusias.

Hallándose Pedro en Saardam ejercitando el oficio de calafate, mandó á su ejército de Ucrania marchar hácia Polonia para sostener en ella, segun

costumbre de los Estados vecinos de aquella república, la candidatura del rey Augusto frente á otros pretendientes al trono. A su paso por el Haya visitó al futuro Guillermo III de Inglaterra, entónces estatouder de Holanda, guardando el incógnito con tanto rigor, que sólo se dió á conocer del Príncipe, pasando tan inadvertido de todos, que pudo asistir á la recepcion solemne de sus propios embajadores sin que nadie supiera quién fuese.

Reclutó en Holanda una multitud de trabajadores, cuyas buenas cualidades habia tenido muchas ocasiones de apreciar en el arsenal de Saardam, y en Lóndres se concertó con varios ingenieros y notabilidades científicas que consintieron en ir á Rusia para introducir y desarrollar allí el comercio, las matemáticas, las artes y la administracion. Colmado de presentes por el rey Guillermo, volvió á pasar por Holanda en una fragata de guerra que le regaló el de Orange, y desde allí despachó sus oficiales para que recorriesen la Francia, Suiza é Italia, con encargo de tomar á su servicio aquellos artistas, artesanos y aventureros capaces de servir y enriquecer al Imperio moseovita con sus conocimientos, con sus luces y con la experiencia de la culta Europa. A su paso por Viena, lo recibió y agasajó Leopoldo de Austria, como aliado de guerras futuras contra los turcos, enemigos comunes de ambos Imperios.

Pero mientras prolongaba su estancia orillas del Danubio, entre festejos y espectáculos militares, esperando la vuelta de sus emisarios, que recorrían la Italia, el trono de Moscow, por cuyo prestigio y gloria tanto hacía, se hallaba gravemente amenazado.

XVI.

Porque si he de dar crédito á las crónicas y rumores de aquel tiempo, la tan prolongada residencia de Pedro en tierras extranjeras comenzó á dar audacia y fuerzas al partido de la Princesa-regente, desposeida y prisionera, y á ella la temeridad necesaria para pretender de nuevo su restauracion. Por otra parte, y esto aumentaba la gravedad del peligro, sentian celos terribles los strelitz, viendo que al partirse de Rusia el tirano, los habia públicamente alejado de la capital con pretexto de que vigilaran á los cosacos y á los turcos en el Don, mientras fiaba la custodia de Moscow á las tropas regulares mandadas por Gordon. Poco tardó, merced á estas circunstancias, en trabarse inteligencias secretas entre los strelitz y el convento que servia de prision á Sofia y á su hermana Marfa, más jóven que la ex-regente. Pero si Sofia conspiraba por ambicion, Marfa secundaba sus proyectos por amor, pues los fuertes muros del monasterio la separaban de un diácono apuesto y mozo con quien no podia comunicarse sino al traves de las rejas del locutorio, insuperable obstáculo que sólo una revolucion sería eficaz á derribar, facilitando á su amante los medios de llegar hasta ella, y ella los de protegerlo y elevarlo en la medida de su voluntad y su deseo.

Y como también comenzaban á renacer en el corazon de los rusos tradicionalistas los recuerdos del gobierno tan benéfico, suave y moderado de la desgraciada Sofia, contrastando su popularidad con el escándalo de las costumbres y aficiones antina-

cionales de Pedro y el terror que inspiraba su reinado, cosas ambas que hacian subir de punto la mal encubierta indignacion producida por el cautiverio y persecuciones de una mujer á quien la Rusia era deudora de largos años de paz, y el mismo Emperador reinante de la corona y la vida.

Así las cosas, una vieja que servia de criada en el monasterio, y de la cual no recelaban los carceleros de Sofia, la llevó un pan, diciéndole por señas que lo partiese á solas. Hizolo así la prisionera, y halló dentro una carta de los jefes strelitz, ofreciéndole su apoyo incondicional para elevarla por la fuerza de las armas al trono de los Czares si lo deseaba y poniéndose á sus órdenes. Dos esclavas de Sofia y de Marfa se ingeniaron de tal modo, que burlando la vigilancia de los alcaides y espías puestos por Pedro, establecieron periódica y puntual correspondencia entre sus amas y los conjurados. Un sochantre del monasterio, llevado de su amor á una de las siervas, cedió á ser también cómplice de la proyectada revolucion, y por tal modo se concertaron las voluntades de todos al fin de acabar y destruir el gobierno de Pedro juntamente con su vida.

XVII.

A medida que las tropas extranjeras organizadas por el Czar y mandadas por Gordon se multiplicaban y extendian, los strelitz, que Pedro se habia propuesto exterminar cuando llegara el momento de su venganza, iban disminuyendo á ojos vistas diseminados en los cantones más lejanos de la capital. Mal pagados, mal vestidos y peor alimentados, á merced de oficiales indignos que traficaban con

sus víveres y se hacían perdonar su rapacidad tolerando cuantas infracciones de la disciplina son imaginables, y expuestos intencionalmente por los generales del Emperador al fuego y á la cimitarra de los turcos que los diezaban con su estrago, ya no se reclutaban sino entre los vagabundos hambrientos que buscaban pan é impunidad en el servicio militar. Así y todo, de cuarenta mil que fueron, no quedaban más de diez y siete mil. Y como el contraste de su pasado poderío y de su presente decadencia los predisponía en favor de las sugerencias de la destituida Regente, cuyos partidarios les prometían todos los medros y prosperidades imaginables si la restauraban en el poder, estalló una sublevación militar el mismo día en todos los lugares de la Ukraina, en donde Pedro los relegó al partirse de Rusia.

Gordon, que mandaba en la capital, tuvo noticia de la conjura cuando los rebeldes iban sobre Moscow, resueltos á poner en el trono á la Princesa Ramonodoski, su jefe, ya no lo era, pues lo habían destituido los strelitz al rebelarse, juntamente con los demás oficiales adictos á Pedro, y nombrándose jefes reputados por su adhesión á Sofía; y como la gente campesina y el clero, fanáticos partidarios del antiguo culto, costumbres y tradiciones nacionales, los seguían aclamándolos y orando por su triunfo, el comandante inglés puesto por el Emperador temió no poder reprimir la fermentación que ya comenzaba en su distrito militar con los doce mil hombres de tropas regulares que se hallaban bajo sus órdenes, siendo inminente un desastre si dejaba que el populacho y soldadesca sublevada se acercaran y entendieran al pié de los muros de la turbulenta ciudad, emporio de los Czares.

Así fué que, inspirándose Gordon en la resolución y bizarría de su señor, sin calcular el exiguo número de tropas fieles que dejaba en el Kremlin para imponer respeto á Moscow, salió con seis mil hombres de caballería, dos mil infantes y algunos cañones al encuentro de los strelitz. Avistáronse ambos ejércitos á doce leguas de la capital, comenzando la batalla con algunos disparos de artillería hechos sin bala por los de Gordon para imponer sin maltratar al enemigo, el cual se desbandó á los primeros momentos, temeroso del daño; pero como advirtiese uno de los sacerdotes que seguían y estimulaban á los strelitz que ninguno de los parciales de Sofía estaba herido siquiera, y atribuyese á milagro la caridad de las tropas de Pedro, consiguió llevarlos á la pelea recobrados y con nuevos bríos. Lo cual visto de Gordon, mandó cargar las piezas con metralla y barrer las cabezas de columna, mientras su caballería los atacaba de flanco. Pocos momentos bastaron para dar cuenta de los invasores, quedando dispersos los que no entraron prisioneros en Moscow, sirviendo de trofeo al vencedor, y acabando por tal modo el poder de aquellos hombres que hicieron temblar al Imperio en otro tiempo.

XVIII.

Un correo llevó á Pedro la primera noticia de la revuelta, y sin aguardar más detalles, púsose á seguida en camino para Moscow, sediento de venganza y de sangre. A su llegada todo se hallaba pacificado y tranquilo por obra de Gordon; pero si el inglés con su victoria privó al Emperador del triunfo, le dejó íntegro el castigo de los vencidos. Al saber

Pedro que su general sólo había hecho siete mil bajas á los rebeldes en el campo de batalla y que aún vivían los prisioneros, se indignó contra él, tachándolo de pusilánime; y para remediar la lentitud de su teniente, mandó en el acto que fueran juzgados en masa por tribunales militares como bandoleros cogidos con las armas en la mano.

Ocho mil hombres salieron á consecuencia de esta medida de los calabozos para ser encerrados como reses destinadas al matadero en un campo vecino de Moscow, cuyas lindes marcaba fortísima y alta valla de madera. Cerca de allí se veían hasta dos mil horcas dispuestas en calles, y alternando con ellas seis mil tajos, cada uno provisto del hacha correspondiente; aparato terrorífico que presagiaba espantosa hecatombe.

Llegado el momento, se presentó Pedro, rodeado de los grandes dignatarios de la corte y de sus generales, en la puerta de hierro que separaba el corral de los prisioneros de la explanada del suplicio. Entraron los heraldos y anunciaron á los reos que dos mil de ellos morirían ahorcados y seis mil degollados, y que la sentencia quedaría cumplida sin más tardanza. Hecho esto, comenzaron á salir de diez en diez; el Czar los contaba conforme iban pasando, como el carnicero el ganado que ha de matar; los soldados de la guardia imperial, convertidos en verdugos aquel día, los fueron colgando de las horcas: luego sacaron de cincuenta en cincuenta los que habían de ser decapitados; Pedro los mandaba ponerse de rodillas con la cabeza en el tajo, y á una señal suya cincuenta hachas segaban el cuello á otros tantos strelitz. A pesar de la precisión y del orden que se guardaba en esta matanza, de que siempre había tandas de condenados espe-

rando la muerte, y de que no cesaba el sordo golpear sobre la madera, pareciendo al Emperador que la operación se hacía lentamente, ó sintiéndose acaso ganoso de tomar en ella parte para desquitarse de pasados sobresaltos, hizo distribuir hachas á su favorito Menchikoff, á su almirante Apraxine, al príncipe Dolgorouki y á todos los generales, magnates y servidores de su comitiva, y empuñando también otra cortó por sí mismo hasta cien cabezas, estudiando al propio tiempo con tranquila ferocidad en los cortesanos las más leves muestras de repugnancia que revelaran sus rostros hácia el horrible oficio que les imponía con el ejemplo.

¡Ué aquí lo que tiempos de barbarie y pueblos bárbaros aún apellidan grande hombre! Grande, acaso sí; pero gran verdugo, ya que de aquella matanza y de aquella sangre brotó la civilización de imperio poderoso; aunque bien será decir que nunca deshonró á la humanidad en ningún tiempo de la historia suplicio tan enorme y cruento, ni ménos aún se vió ántes ni después de Pedro I á príncipe alguno usurpar como él lo hizo las funciones repugnantes y odiadas del verdugo por el solo placer de matar.

La hecatombe de los strelitz ha echado sobre las páginas de la historia de Pedro una mancha de sangre que vela casi la grandeza de los fines con la iniquidad de los medios; pues los héroes verdaderos de la civilización no aterran al humano espíritu con horribles contradicciones entre los propósitos y la manera más eficaz de realizarlos, sino que lo maravillan y seducen dirigiéndose al bien por el bien, no por el crimen; que no es otra cosa degollar para regenerar.

XIX.

Las ocho mil cabezas de los strelitz fueron llevadas despues á Moscow y puestas por mandato del Czar en las almenas de la ciudad para dar testimonio de su justicia y servir de saludable leccion á sus enemigos, al propio tiempo que de pasto á los buitres.

Por lo que hace á los jefes de los sublevados, recibieron la muerte despues en horcas, colocadas en frente y al nivel de las rejas del calabozo de Sofia, hermana y rival de Pedro, á fin de que la desgraciada cautiva tuviera siempre delante de los ojos los cadáveres y esqueletos de sus partidarios. Seis años, los mismos que sobrevivió á esta nueva ejecucion, permanecieron allí expuestos los despojos de las victimas.

En cuanto á Marfa, como perdió con su hermana la esperanza de recobrar la libertad, tomó el velo de religiosa en un monasterio muy distante de Moscow, y en él pasó de esta vida casi olvidada de todos el año de 1704.

La milicia strelitz fué abolida y reemplazada por otras tropas regimentadas y disciplinadas á la usanza de Alemania. Y los hijos de los boyardos y de los príncipes ingresaron en masa en las escuelas navales para instruirse bajo la direccion de los maestros que habia traído con este objeto Pedro I de Holanda é Inglaterra.

XX.

Libre del yugo de los strelitz, se consagró el Emperador por entero al planteamiento y realizacion de las grandes reformas que le habia inspirado el progreso en Holanda é Inglaterra, comenzando por la manera de percibir los tributos, hasta entónces recaudados de una manera casi arbitraria y sin la menor intervencion del fisco por los boyardos, y que á partir de aquel momento empezaron á cobrarse por administradores dependientes del Estado, que remitian íntegro al Tesoro público el importe de las cuotas.

La Iglesia, que aún conservaba privilegios de la mayor importancia, más propios de la realeza que de la jerarquía eclesiástica, y que á veces hicieron de los patriarcas magnates tan influyentes que contrabalancearon el poder de los Czares, fué reformada, reconcentrada su autoridad en el Imperio, suprimido el patriarcado y reemplazado por sínodos, cuyos individuos, sobre ser muy débiles para resistir individualmente y para oponerse reunidos á la voluntad soberana del Príncipe, ó acaso por ambas causas, estaban por extremo interesados en complacerlo y servirlo en la medida de su deseo. Restringió mucho el celibato de los monjes y eclesiásticos jóvenes, y prohibió ingresar en los conventos á los sacerdotes que no tuvieran cierta edad, á fin de que la vejez fuese prenda segura de la ejemplaridad de sus costumbres. Y como se le antojara excesiva la creciente renta de los monasterios, la destinó en su totalidad á subvenir á las necesidades del ejército.

Reformó cual César el calendario para ponerlo en

relacion con el año romano. Transformó el antiguo traje moscovita casi asiático y lo apropió á las necesidades y actividad de los pueblos europeos. Abrió caminos del centro á las extremidades del Imperio y dividió las distancias por etapas militares, é instituyó para el ejército y las clases civiles condecoraciones, insignias y distintivos de jerarquía, mérito y calidad; demostrando en el planteamiento de las reformas que inició para vencer la resistencia que le opuso la tradición y la rutina la misma firmeza de que dió tan terrible muestra con los streilitz; pudiéndose decir por tanto que había menester de ellas imprescindiblemente para el desarrollo de grandiosos y ulteriores designios.

XXI.

Largo tiempo hacía que fijaba preferentemente Pedro I su atención en el litoral del mar Báltico, única zona geográfica que oprima su Imperio, para romperla y apoderarse del territorio que la formaba. Y cuando hubo madurado su proyecto hizo salir para la Ingria, provincia rusa en lo antiguo y que le arrebató la Suecia, un ejército de sesenta mil hombres á las órdenes del general flamenco, príncipe de Croy, que había entrado á su servicio. Pero la Providencia opuso entonces un héroe al conquistador, poniendo frente á frente Carlos XII y Pedro el Grande.

Seguro Carlos XII de su propio valor y de la superioridad de sus soldados, no contó el número de los contrarios, y embarcándose con nueve mil hombres, tomó tierra en las cercanías de Narva, capital de la Ingria, sitiada por los rusos, los atacó du-

rante una tempestad entre torbellinos de nieve, logrando aterrarlos, romperlos, dispersarlos, arrojarlos al río que pasa lamiendo las murallas de la plaza, hacerles prisioneros á millares y cogerles artillería, provisiones y bagajes. La cifra de los rusos rendidos en aquella circunstancia excedió de la del vencedor ocho veces, quedando en poder de Carlos, entre otros generales, el mismo príncipe de Croy y el de Dolgorouky.

La victoria de Narva, una de las más completas y decisivas de los tiempos modernos, dejó al Czar sin ejército y á la Rusia desamparada y abierta y á merced de los suecos. Carlos multiplicó sus tropas, merced á la rapidez maravillosa con la cual las hizo moverse, y las paseó triunfantes por entre todos sus enemigos coligados en Ingria, Livonia, Polonia y Dinamarca.

.XII.

«Venciéndome, acabarán los suecos por enseñarme á vencerlos,» exclamó Pedro el Grande al saber el desastre de Narva. Y sin dejarse dominar del despecho ni de la pesadumbre, corre á Moscow, recoge los restos de su ejército que Carlos despreció, funde las campanas de los templos y las transforma en cañones, pide algunos regimientos al rey de Dinamarca, se avista en Birzen con el rey Augusto y se liga con los polacos que le prometen subsidios y veinte mil soldados. Pero la Dieta de Polonia, opuesta como siempre á la voluntad de su rey, niega una cosa y otra, y con esto estalla la guerra civil, principio y fin de las anarquías, y entrega la patria indefensa en manos de los suecos.

No desalienta Pedro, sin embargo, y halla en Alemania, Sajonia y Livonia la equivalencia del contingente polaco.

Invicrten un año en pelear á orillas de los lagos de Peïpus y Ladoga suecos y rusos, éstos al mando de Scheremetoff, haciéndose aguerridos á fuerza de reveses; Carlos amenaza á Arkangel con una flota; el Czar vuela en su socorro, fortifica el Dwina y vuelve á Moscow, y al cabo la profecía de Pedro I se cumple, quedando vencido el sueco en la batalla de Emback. Despues saquean los rusos la Livonia y se llevan cautivos los habitantes de Marienburgo.

Una hermosa jóven, criada del ministro luterano de Marienburgo, iba entre los prisioneros. Llamábase Catalina y estaba destinada por la suerte á ser en breve soberana de aquellos mismos rusos que la llevaban entónces á manera de vil despojo de la guerra.

Despues de haber completado Scheremetoff su obra en la Ingria y la Livonia, limpiándolas de tropas enemigas, y de fundar á Schlüsselburgo, en el Ladoga, fué á Moscow para triunfar una vez más en presencia del Czar.

XXIII.

Si la victoria facilitó el camino á las comenzadas reformas, con el triunfo de sus armas pudo completarlas el Emperador. El cual, de regreso en Moscow, funda la primera imprenta; establece hospitales y talleres para consuelo y alivio de los desvalidos y correccion de la mendicidad; hace ir á Rusia má-

nufactureros y artesanos de todas las industrias; construye navios de ochenta cañones en el Dnieper expresamente para el mar de Azof; crea fábricas de armas y arsenales en Olonitz, entre los lagos Onega y Ladoga, y sirve como enfermero en los hospitales bajo el mando del mariscal Scheremetoff para dar á todos ejemplo de respeto á la experiencia y al talento.

El rey Augusto de Polonia, expulsado del trono con su partido por sus mismos compatriotas del bando contrario, se refugia en el imperio de Pedro, le da su general Pakul y veinte mil soldados aguerridos, y con ellos toma una fortaleza llamada Nya, defendida por los suecos, situada no léjos del Ladoga, orillas del Neva, y cerca de su desembocadura. Comprende al primer golpe de vista que aquellos pantanos cubiertos de bosques y matorrales, que fácilmente inundan las avenidas de rio caudaloso, le brindan con su posicion ventajosa para echar en ellos los cimientos de la verdadera metrópoli de un dilatado y poderoso imperio marítimo y continental, y sin más tardanza traza el plano de San Petersburgo sobre las ruinas de la fortaleza de Nya. La futura capital de Pedro consistía entónces en algunas cabañas de madera esparcidas en los bosques y en dos casas de ladrillo rodeadas de muros para su defensa; lo demas eran malezas, árboles y tierras estériles. Cinco meses despues los barcos holandeses atracaban á sus muelles para cargar en ellos peletería y exportarla por el Neva.

El genio de Pedro I abrió por tal modo á la Rusia nuevos horizontes; y á fin de amparar de manera conveniente la futura grandeza de su capital, designó por sí mismo, en el punto que se mezclan las aguas del rio con las del mar, el asiento de nuevos

Dardanelos que la defendieran, echando los cimientos de la formidable fortaleza de Cronstadt.

XXIV.

En tanto que se hacían estos trabajos y armamentos, continuó Pedro la guerra contra los suecos, puso sitio y tomó á Narva, conquistó la Ingria por completo, confirió su gobierno á Menchikoff y socorrió por tercera vez en vano al rey Augusto, su aliado, mientras que un coronel sueco imponía un rey á los polacos, vacilantes siempre y sin saber nunca por cuál de sus príncipes decidirse. Persuadido ya entonces Carlos XII de que no podía tomar á Cronstadt, recorría la Polonia para sujetarla completamente á Estanislao, competidor y rival de Augusto, y acabar con la influencia de Pedro en todo el reino.

Al cabo de una serie de triunfos y derrotas, logró el Czar enseñorearse del ducado de Curlandia é incorporarlo á su Imperio. Hecho lo cual, regresó á Moscow, formó por tercera vez un ejército que puso bajo las órdenes de Scheremetoff, y lo envió á Polonia para sostener la causa de su aliado el rey Augusto; pero éste concluyó cediendo cobardemente su trono á Carlos XII, á la sazón ebrio de gloria en Sajonia, dándole además en rehenes á Patkul, su general; y no queriendo Carlos tenerlo en su poder, entregó el defensor de Augusto á su rival Estanislao, quien le mandó dar tormento en castigo de su lealtad y de haber combatido bizarramente á los suecos.

Aun se hallaba en Sajonia Carlos XII cuando dió muestras de inclinarse á favor de otro partido que

se proponía elevar al trono de Polonia nuevo soberano; y advirtiendo entonces la Francia que podría ser el monarca sueco peligrosísimo enemigo de la casa de Austria, intervino para que hiciera la paz con el ruso y volviera sus armas contra la corte de Viena. Pero Carlos contestó como Napoleon: «Trataré con los rusos en Moscow.» A lo cual replicó Pedro el Grande: «Mi hermano habla como Alejandro; mas sin advertir que yo no soy Darío!»

XXV.

Fracasadas las negociaciones, sale Carlos XII de Sajonia, entra en Polonia, pasando á nado el Berezhina bajo el cañon de los rusos, y los rompe y desbarata en las marismas; pero no saca más fruto de su victoria que la victoria misma. Llega con los suyos al Borystenes y hasta Mohiloff, y amenaza caer sobre Moscow, en tanto que Pedro lo sigue, flanqueándolo con un ejército desde Smolensko. Todo hacía esperar que Carlos se dirigiese á la capital del Imperio; pero Mazeppa, de nación polaco, de oficio aventurero, creado hetman de los cosacos, traidor á todos los partidos, causas y patrias que adoptaba, y tráfuga en aquellos momentos de los rusos, acogido por el invasor, lo aparta de su proyecto y le sugiere la idea de que penetrando en la Ucrania con sus huéspedes causara mayor estrago en el corazón de la Rusia. Para dar más peso á su discurso, promete Mazeppa el auxilio de los cosacos, siendo así que carecía ya de autoridad para persuadirlos. Cree Carlos en la palabra del traidor, se aventura en la marisma entre el Borystenes y los torrentes, y cuando el Czar lo ve allí, lo aco-

mete, dándole una batalla que dura tres días, alcanzando tres victorias en una, y perdiendo el sueco diez mil hombres entre muertos y prisioneros.

Incorpórase á Carlos XII Mazeppa con dos hordas de cosacos en vez de un pueblo entero que le habia prometido; y á pesar de sus quebrantos y de lo exiguo del refuerzo que recibe, se obstina en recorrer la Ukrania, seguido de veintidos mil hombres. En vano es que sus generales le hagan presente la necesidad de recogerse á una plaza fuerte para preservar las tropas de los estragos del frio, aliado natural de la Rusia, como en época más reciente aconsejaron á Napoleon los suyos en iguales circunstancias; que del propio modo se obstina el miedo que la ambicion, y Carlos, acosado de las nieves, los hielos y los rusos, se negó á volver á pasar el Borystenes, invernando acampado, y marchando al despuntar de la primavera en direccion del Tanais.

Alcánzalo el Czar en Pultawa, pueblo de muy escasa importancia, embistiéndose ambos ejércitos furiosamente. Herido Carlos en una escaramuza, se hace llevar al fuego en camilla, y entusiasmados los suyos con el ejemplo de su bizarría, caen sobre los rusos de manera tan impetuosa y brava que los arrollaron los primeros momentos, apoderándose de sus trincheras; mas hé aquí que cuando los suecos pregonaban con grandes aclamaciones su victoria se presentan de improviso sesenta mil alemanes y rusos mandados por Pedro, Scheremetoff, Menchikoff y Bauër, abrumando con sus masas las diezmas tropas del rey de Suecia. La camilla en que va Carlos rueda sobre la nieve desbaratada de un cañonazo, cayendo el Príncipe ileso milagrosamente; improvisan otra los suyos formada de lanzas, y sentado en ella pelea fuerte, animoso, y pistola en mano,

enardeciendo el valor de todos, recibiendo nuevas heridas y no cediendo el campo sino cuando lo ve cubierto de diez mil cadáveres.

Entónces lo montan en un caballo que lo lleva orillas del Borystenes á la carrera, revuelto en el torbellino de los fugitivos de su ejército; pero allí lo espera otro desastre, porque como Menchikoff lo hubiese precedido, le salió al encuentro, y envolviéndolo, le hizo quince mil prisioneros, dejándole con esto sólo la memoria gloriosa y triste de sus tropas, ántes terror del Norte por la grandeza de sus hechos, y en aquel punto su asombro por la fantástica desaparicion de todas ellas. Sin ejército ni retirada, Carlos se vió forzado á buscar asilo en Turquía.

En el campo de batalla de Pultawa brotó el engrandecimiento militar de los rusos, creciendo su nombre á costa del héroe abatido por ellos á tanta altura como él habia colocado el suyo propio; pero si la gloria de Pedro I fué inmensa ganando una batalla memorable, aún lo fué más por haber creado un ejército capaz de vencer á los que merecieron en Europa fama de invencibles.

XXVI.

Los polacos, sajones, silesianos y hasta los mismos suecos se levantaron despues del desastre de Carlos XII como las espigas cuando ha pasado el huracan; que la politica del héroe vencido en Pultawa, lo propio que la de todos los conquistadores, sólo era orgullo, ambicion y fuerza, y al faltar él nada subsistió de cuanto habia querido, por ser cuanto quiso exclusivamente personal. Así fué que

la Sajonia se sublevó contra la Suecia, y que Augusto, el rey de Polonia, protegido del Czar, entró en sus Estados con el ejército de Menchikoff. Pedro mismo fué á Varsovia para recibir de la nobleza polaca juramento de fidelidad al rey de su eleccion, y Polonia, Prusia y Dinamarca firmaron allí mismo un pacto con Rusia contra Suecia. Hecho lo cual, y seguro el Czar del elector de Brandeburgo, regresó por Riga y San Petersburgo á Moscow, donde hizo su entrada triunfal, ostentando en ella como trofeos de la victoria los prisioneros de Pultawa, los cañones, las banderas y la rota camilla del caudillo vencido, espectáculo verdaderamente grandioso y eficaz á reavivar la emulacion de los vencedores. El tambien recibió entónces de sus tropas por primera vez y del embajador de Inglaterra coronas de laurel y el título de emperador.

XXVII.

Sin perder momento se dirige á la ciudad anseática de Elbing, situada á orillas del Báltico, y la conquista de los suecos; vuelve á San Petersburgo, reúne la flota en Cronstad, se hace á la mar en ella con rumbo á Viborg, capital de la Carelia en Finlandia, toma la plaza, y á seguida Riga, en el Dwina, y Pernau y Revel en el golfo de Finlandia.

Por tal manera iba perdiendo la Suecia por todas partes sus posesiones y conquistas, y su Senado temblaba sobrecogido con las exigencias de la liga del Norte y las de Carlos XII, que amenazaba castigar el desaliento de sus vasallos, hasta que, cediendo al fin á la necesidad, suscribió por mandato de Pedro un tratado que más parecia capitulacion, y á

virtud de cuyas cláusulas no podría ir el ejército sueco en busca de su rey para socorrerlo, á Bender, donde se hallaba solicitando auxilio hasta de los turcos.

Todos los indicios hacían presentir entónces que terminada la guerra en el Norte con la batalla de Pultawa, comenzaria en el Pruth, donde iba reuniendo lentamente el turco trescientos mil hombres bajo las órdenes del gran visir Mehemet-Baitadji. Pero, en tanto que Pedro preparaba, no sin grandes inquietudes, por efecto de la muchedumbre de sus enemigos y de la prision de su embajador en Constantinopla, un cambio de frente, y enviaba orillas del Pruth, como precursor suyo, á Scheremetoff, se acercaba el momento de que la vacilante y crítica situacion del czar de las Rusias hallara en una mujer de origen humilde, consejo, consuelo, salud, y acaso con la propia la salud de la patria.

Y como el destino de Catalina ofrece en la historia de los siglos ejemplo tan prodigioso del poder irresistible de la hermosura, del amor, del genio y de la fortuna juntamente, y que las aventuras de la humilde sierva livoniana se tornan por ello en las glorias más nacionales de un grande Imperio, me propongo ahora narrarlas, siquiera sea de un modo sucinto y breve, valiéndome para el mejor desempeño de mi obra de algunos documentos inéditos y hasta el presente desconocidos, merced á los cuales podrá seguir el lector desde la cuna hasta las gradas del solio á la Ester moseovita, iniciándose y penetrando los misterios de su oscuridad, favor, coronacion y reinado.

XXVIII.

Hacia el año de 1670 logró evadirse de Polonia, su patria, una pobre familia de artesanos, siervos ó esclavos, y se refugió para gozar de libertad en Derpt, pueblecillo de Livonia. El marido, llamado Skawronsky, vivía, juntamente con su mujer, del trabajo de sus manos; mas como invadiera la peste aquel lugar, huyeron ambos á Marienburgo, donde fallecieron uno y otro, dejando huérfanos á sus dos hijos en edad muy tierna y á merced de la caridad pública. El mayor, que contaba cinco años, fué recogido por un labriego compasivo de la vecindad, que lo crió con sus propios hijos. Ya se verá más adelante por efecto de qué coincidencia tan providencial se descubrió su paradero y fué reconocido por su hermana, siendo ya emperatriz de Rusia. Tres años contaba ésta el día que perdió á sus padres. El pastor del pueblo la prohibió; pero arrebatado también de la peste de allí á poco, la niña quedó en la casa sola y abandonada de nuevo. Llegó entonces á reemplazar al pastor difunto de Marienburgo el arcipreste de la provincia, llamado Gluck, y al entrar en el hogar desierto del buen eclesiástico, halló en él á la niña, único superviviente de dos familias. Al verlo se fué á él, como si lo conociera, y asiéndole del faldon de la casaca, lo llamó padre y le pidió de comer. Movido á lástima el arcipreste y considerando la situación desdichada de la huérfana, la tomó consigo y la llevó á Riga, donde residía su familia, y la confió á su mujer, piadosa y caritativa como él. Educáronla y la enseñaron con sus hijas, y la guardaron en patriarcal domesticidad

hasta la edad de diez y seis años, siendo ya tanta entonces la discrecion y hermosura de la huérfana, que á todos seducía. Prendóse de sus gracias más rendidamente que otros el hijo del gobernador de Riga, y como ella le correspondiese acaso con demasiada efusion, temiendo la familia un desenlace contrario á sus conveniencias é intereses, lo evitó haciendo casar á Catalina Skawronsky con un soldado de Carlos XII, de guarnicion en Marienburgo. La fama de las prendas de la desposada llevó gran concurso de gentes á la iglesia; mas apenas hubo terminado la ceremonia, cuando el novio tuvo que separarse de su esposa y salir á campaña con su regimiento, quedando viuda Catalina la noche de sus bodas, á la edad de diez y seis años, y como ántes sirviendo de criada en casa del pastor Gluck.

XXIX.

La guerra condujo poco despues al mariscal Scheremetoff á Marienburgo; y como intimara la rendicion de la plaza, enviaron sus moradores para implorar la humanidad del ruso al pastor Gluck. Ganoso Scheremetoff de atraerse por los buenos procederes el afecto de los livonianos y de hacerles más amable la conquista de su señor que la dominacion brutal de Carlos XII, acogió amable al diputado y lo convidó á comer en su compañía juntamente con su familia. Y llamando entonces su atencion la hermosa presencia y expresiva fisonomía de Catalina, y advirtiendo, á juzgar de su traje, que su calidad era servil, exigió en rescate de la plaza sitiada que la esclava entrase á formar parte de su servidumbre. Resistieron, pero en vano, los de

Gluck, y hubieron de ceder al fin, separándose de su protegida con lágrimas en los ojos. Ella también dejó á sus padres adoptivos como quien pierde hogar y libertad, y dolida de la suerte que la esperaba en su nueva condicion á merced de un amo señor de la vida de sus siervos.

Nunca olvidó Catalina el hogar adoptivo de su juventud, siendo tan fiel su memoria y tan grande su agradecimiento á la familia del pastor de Marienburgo, que cuando se halló en el trono, pensó en ella siempre con dulce melancolía, dando repetidas muestras de generosidad á todos sus individuos.

Siete meses la conservó Scheremetoff, ántes cual concubina obligada que no cual esclava, y al cabo de ellos, cuando llegó á Livonia para reemplazarlo en el mando de las tropas Menchikoff, prendado de su hermosura, se la pidió. No atreviéndose á resistir al deseo de un favorito del Emperador, vino en ello el veterano, pasando así Catalina de uno á otro amo. Pero más jóven, amable y apasionado Menchikoff que su predecesor, inspiró á la bella livoniana tanto afecto como repugnancia sintió siempre hácia Scheremetoff; y como la trataba con verdadero amor, pocas semanas despues de ser su sierva hubiera sido muy difícil distinguir—dice á este propósito Villebois—quién de los dos era dueño del otro.

XXX.

Tanto predominio había conquistado Catalina en el corazón de Menchikoff, como acaba de verse, á la edad de diez y siete años, cuando el czar Pedro partió repentinamente de San Petersburgo, dirigiéndose á Polonia, con el objeto de visitar al rey Au-

gusto, y atravesando la Livonia, se detuvo en casa de su favorito. Entre las esclavas que lo servían á la mesa estaba Catalina, por inadvertencia ó acaso por vanidad de Menchikoff; pero ya fuese por una ú otra causa, es lo cierto que no bien puso en ella los ojos el Czar, quedó prendado de su hermosura y seducido de sus encantos. Preguntó por ella con señaladas muestras de interés á su protegido; dirigió despues á la esclava palabras galantes que delataban bien á las claras su pensamiento; contestó Catalina ruborosa y tímida, pero discreta, y subiendo con esto de punto el deseo de Pedro, que no tenía más ley que su capricho ni otro freno que la propia voluntad, la dijo entre chanza y véras cuando hubo concluido de cenar que llevara luz á su alcoba, demostrándole así su predilección. Y como las costumbres licenciosas de aquel tiempo y los mandatos de los czares y príncipes del Imperio no consentían á una esclava defender la propiedad de su persona, la jóven hubo de resignarse. Al día siguiente partió el Czar muy de mañana, y al despedirse de Menchikoff alargó la mano y dió á Catalina un ducado; que no solía—dice un cronista contemporáneo—ser más generoso nunca en tales casos.

Ofendida la esclava, no de la ruindad del Czar, sino de la indigna corrupeion á que su amo la expuso, rompió en lágrimas y denuestos contra él cuando se hubieron quedado solos; pero las quejas tan acerbas como merecidas de Catalina, tuvieron aquella vez la virtud de acrecer el amor de Menchikoff en lugar de irritarlo, y muy luego quedaron reconciliados y en mejor armonía que lo estuvieron ántes, no turbándose ya más el sosiego de sus almas hasta que ocurrió la vuelta inesperada de Pedro. El cual, huyendo de la peste de Polonia, re-